

Espacio urbano y revolución

A propósito de “Sabado de gloria en la capital (socialista) de América Latina”



Renata Rocco-Cuzzi

Universidad de Buenos Aires

A David, por aquel encuentro del 22 de agosto de 1974 en Callao y Corrientes.

1967

Hasta el propio general –difícilmente sospechado de adscribir, por lo menos en vida, al espíritu guevarista– se sumó por entonces a lo que se había convertido en convicción generalizada entre la izquierda no tradicional de los países dependientes: desde Madrid y con foto en tapa del semanario uruguayo *Marcha*, Juan Perón le confesaba al reportero: “Un revolucionario pacifista resulta, en estos momentos, algo así como un león vegetariano”.

Corría el año 1967 y hasta el asesinato en octubre del Che en Bolivia, una serie de coordinadas que culminarían ese mismo año en la reunión de la OLAS¹ en La Habana con la presencia de delegados de todos los países latinoamericanos, asiáticos y africanos, habían conducido a reconocer mayoritariamente que la vía armada era la única posible para esos tres continentes en la lucha por su liberación.

No sólo en ese año, pero sí con particular virulencia en él, proliferaron en todos los países latinoamericanos organizaciones guerrilleras; incluso en el Uruguay, y a contrapelo de la expresa oposición de Fidel Castro a que países de sus características compartieran la estrategia foquista, los Tupamaros hicieron pública su opción por ella.

El año 1967 también fue el elegido por Regis Debray para la publicación de su libro *¿Revolución en la Revolución?* Libro al que el dirigente del pc argentino Rodolfo Ghioldi respondería, meticulosamente, en cuatro tomos con el increíble título de *No puede haber una revolución en la revolución*.

Sin embargo, aunque en el inicio de ese mismo año David Viñas coincidió con su presencia en La Habana, *La Gaceta de Cuba*² publica una entrevista poco conocida en la que hablaba de sus perplejidades con el estado de las cosas.

“El único país socialista que conozco es Cuba”, decía. “A propósito –agregaba– hay una cosa que se vislumbra como posible peligro y es la retorización de la revolución. Temáticamente es esto: la insistencia de la Revolución. Se corre ese

1. La Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) se reunió en la Habana entre el 31 de julio y el 10 de agosto de 1967. Allí se produjo una cantidad significativa de documentos, pero lo que interesa para este trabajo es que en su “Declaración General” se sostuvo que el primer objetivo de la revolución popular en el continente era la toma del poder mediante la destrucción del aparato burocrático-militar del Estado y su reemplazo por el pueblo armado para cambiar el régimen social y económico existente. Y hacía hincapié en que dicho objetivo sólo era alcanzable a través de la lucha armada.

2. Entrevista a David Viñas: “El cine, pibe, me interesa mucho” en *La Gaceta de Cuba* (La Habana) VI, Nro.55 (febrero de 1967), p.5 y p. 14.

riesgo y hablé esto con Jesús Díaz a colación de su obra ‘Unos hombres y otros’. Es muy seductor, muy atractivo, sí, pero puede llegar a exteriorizarse un poco... hay que elaborarlos. Quizás a través del humor...no sé, se me ocurre...”.

Viñas apela a un neologismo para nombrar una de sus obsesiones, la retorización. Hasta sí es un cotidiano solía desafiar con un “elegí algo menos previsible”, alentando a arriesgar algo nuevo, propio, estimulante y distinto de lo conocido. También incluye otro temor, que en realidad es hermano gemelo del anterior. Dice que se corre el peligro de “exteriorizarse”, y utiliza esta rara forma reflexiva, pero lo que es más importante, con otro significado. No se trata de mostrar hacia afuera lo que ocurre en el interior sino de salirse, de no estar en lo que se dice, esto es, nuevamente “retorizarse”, estar afuera de uno, de repetir conductas, discursos, creencias, gestos vacíos de contenido.

Si tales “preocupaciones” preexistían al viaje, es prácticamente imposible saberlo, pero sí es un hecho, que en 1967 Viñas escribió y publicó a su vuelta de Cuba “Sábado de gloria en la capital (Socialista) de América Latina”, el último de los relatos de una antología de cuentos que tenía como temática común la ciudad y que circuló muy silenciosamente durante muchos años bajo el título *Buenos Aires: de la fundación a la angustia*, en el sello De la Flor.³

3. Viñas, David. “Sábado de Gloria en la Capital (Socialista) de América Latina” en *Buenos Aires, de la fundación a la angustia*. Buenos Aires. Ediciones de la Flor, 1967. Actualmente el cuento está al alcance de cualquiera que tenga acceso a la web y también fue incluido junto a tres escritos más de Viñas en una colección de Libros del Bicentenario de la Biblioteca Nacional titulado *Las buenas costumbres* (2008)

¿Qué es el cuento? El largo monólogo de un intelectual de izquierda que fantasea, mientras camina por “José Ingenieros –ex calle Corrientes–”, las tareas que le toca hacer a la revolución socialista ya triunfante. Él es parte de un “nosotros” que se representa en las milicias que han ido liberando distintos puntos del país para, finalmente, hacer lo mismo con Buenos Aires: la capital (socialista), de América Latina; socialista que se escribe entre paréntesis en el título del relato. Paréntesis que reaparecen como signo gráfico escandiendo el cuento cada vez que el narrador incluye alguna referencia a Laura, la mujer que lo espera en la casa y a la que representa bajo la lupa de sus propios titubeos: “yo todavía vacilo entre lo que me entusiasma más: si sacarle el pantalón del uniforme o ese camisón transparente. Uno tironeando por los pies, el otro por los hombros. No sé. Debe ser lo que nos pasa a todos los hombres de izquierda en este momento”. Pero retomando: paréntesis, entonces, para el (socialista) del título y para encerrar todos los espacios discursivos que tienen que ver con la mujer.

El cuento avanza así en la enumeración de proyectos y concreciones imaginadas y deslices eróticos, también imaginados, que involucran a la tal Laura. A pocas líneas del final, el tono del relato, que hasta ese punto había sido jocoso y paródico, se adensa cuando las preliminares amorosas del narrador se enfrían por la falta de respuesta de la mujer –que ya no está entre paréntesis– desnuda que tiene la cabeza reclinada sobre algunos papeles que están sobre el escritorio del escritor. El cuerpo sigue sin emitir señales. Un frasco de píldoras vacío, un mensaje sintético escrito en la agenda del narrador dice: “Aposté a vos. Fracase. Estoy harta. Yo necesitaba un hombre realista”. A partir de allí, la última frase: hay un cambio absoluto de registro en la narración. El tono paródico y jocoso se transforma en violenta escritura, dura escritura, que shoquea con la crudeza de un desenlace inesperado que tiene como sostén el cuerpo femenino: “Laura había marcado la fecha: 25 de marzo de 1967, con una cruz y una raya, las mismas con las que indicaba los días en los que le venía la menstruación”.

El cuerpo real y muerto y ese texto escueto son el espejo en el que se refleja la irrealidad de la revolución desopilante, desmesurada, paródica y sobre todo ridiculizada.

4. A posteriori de una versión preliminar de este artículo, Daniel Link utiliza algunos argumentos similares a los míos. (*Clases: literatura y disidencia*. Norma, 2005)

El monólogo del intelectual es un aleph de los clichés⁴ en los que encarna el clima de época al que aludí brevemente al comienzo de este texto, una época en la que todo estaba sujeto a revisión y transformación, básicamente en los llamados países del Tercer Mundo.

Pero volviendo al relato de Viñas: el foquismo, el papel de los intelectuales, práctica política y práctica específica, el compromiso, los cambios en la moral sexual, el feminismo, los consumos culturales, las modas discursivas, todo esto y más ingresa en este cuento, pero, ¿por qué lo recorto? En lo más elemental, por lo atípico de su formato: es un cuento y forma parte de una antología. En este género Viñas sólo habría de incursionar una vez, en su libro *Las malas costumbres*,⁵ de 1963, que tuvo una única reedición en la editorial Peón Negro, en 2007.

5. Viñas, David. *Las Malas costumbres*. Editorial Jamcona. Buenos Aires 1963.

Como vemos, “Sábado de Gloria...” es un condensado de temáticas propias de los años sesenta/setenta, pero a esta altura me interesa recortar una y muy precisa: Qué figura de intelectual construye y hacerla dialogar con otras figuras de intelectual, argentinas y contemporáneas a las del relato de Viñas.

A propósito del imprescindible libro de Claudia Gilman: *Entre la pluma y el fusil, Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, me resulta ineludible recordar su argumento acerca de que en los sesenta y setenta la idea fuerza de la urgencia por transformar la base material, va inevitablemente acompañada por la de que este proceso no puede autonomizarse de la transformación de la superestructura; así se explica la centralidad que adquieren los intelectuales en esta circunstancia histórica.

El diálogo que propongo puede parecer caprichoso, pero creo que con Oscar Masotta y José Aricó se pueden completar al menos dos paradigmas de intelectual de los años sesenta. Con ellos como espejo creo que se hace más comprensible lo que quiso hacer Viñas con su relato. Es cierto que no estoy hablando de personajes de ficción, pero tratándose de Viñas, es plausible elegir sujetos reales del campo intelectual de ese momento. Los dos tienen en común que no sólo hablan de ellos mismos, sino que tematizan el papel que le atribuyen a los intelectuales en ese preciso momento de la historia de nuestro país y de Latinoamérica. Hay un tercer intelectual que recorto y es el protagonista de *Las malas costumbres* (el relato de 1963), mucho más previsible en la poética del escritor dado que se trata de un intelectual liberal cuyas peripecias ocurren a fines de la Segunda Guerra Mundial, pero en Buenos Aires. De esta figura de intelectual me ocupo hacia el final de este trabajo.

Entre 1967 y 1968 Oscar Masotta le agrega a su libro *Conciencia y Estructura* un nuevo prólogo que titula “Advertencia”. Destaco lo más significativo de los dos escritos: “Mis posiciones generales –básicas– con respecto a la lucha de clases, el papel del proletariado en la historia, la necesidad de la revolución, son las mismas hoy que hace quince años atrás. Lo que ha cambiado tal vez es la manera de entender el rol del intelectual en el proceso histórico: cada vez comprendo más hasta qué punto ese rol debe ser teórico; esto es, que si uno se ha dado la tarea de pensar, no hay otra salida que tratar de hacerlo lo más profundamente, lo más correctamente posible. ¿Podrá uno alguna vez cumplir con esta exigencia elemental?” (17 de abril de 1967). Un año y medio después escribirá: “Lo que ocurre es que hasta hace muy poco era posible creer que se podía ser revolucionario en estética y reaccionario, o indiferente, en política. Algunos cambios históricos muy recientes han terminado por desbaratar las fiestas, por hacer evidente el absurdo” (septiembre de 1968)

El año y cinco meses que medió entre los dos prólogos de Masotta se convierte en “un tiempo inmenso” si pensamos que en ese lapso asesinan al Che en Bolivia (octubre del 1967) y comienza y termina la impresionante experiencia del Mayo francés. Y a su vez, el brevísimo tiempo que transcurre entre la publicación del cuento de Viñas y el primer prólogo de Masotta es, en realidad una enormidad de tiempo al advertir que “Sábado de gloria...” se escribió antes de que ocurrieran estos dos hechos tan relevantes.

Es casi obvio por qué Masotta, quien siempre se caracterizó por percibir muy tempranamente los cortes significativos en la historia, los discursos, la serie literaria y por ser un intelectual *à la page*, haya vislumbrado que después de estos hechos, los intelectuales de izquierda no podían elegir otra cosa que politizarse en camino a un compromiso mayor que abriera paso a la acción política, lo que en efecto ocurrió en muchos casos.

En Viñas –que escribe su cuento antes de los dos hechos– la politización de los intelectuales es la razón de ser de los intelectuales, de los intelectuales críticos como él, obviamente. Así las cosas propongo que la visita de Viñas a Cuba en el '67 debe haber sido una experiencia doblemente significativa porque lo sometía a una tensión entre una revolución que evidentemente apoyaba pero frente a la cual no podía suspender su lectura crítica, esto último no estaba en el universo de sus actitudes posibles. Cualquier “comunidad de los santos” –como nombraba a las complicidades condescendientes–, lo obligaba a ponerse en guardia y por aquellos días La Habana debe haber sido para los intelectuales de izquierda lo más parecido a La Meca para los musulmanes, o nada menos que la “Roma antillana”, como la bautizó Halperín Donghi.

La revolución pensada también como una avalancha de discursos celebratorios a lo mejor fue el germen de su intelectual “autista”, y lo hizo caminar por Corrientes para “nacionalizar” la crítica, y extenderla en este caso a los “intelectuales de café” habitué del espacio urbano que él mismo compartía.

“Sábado de gloria...” es un corte en la producción del cofundador de *Contorno* que hasta aquí se había caracterizado por la revisión y reescritura de la literatura y la realidad política argentinas, no por pasar a la ficción la realidad inmediata. En este caso, no sólo se trata de la circunstancia histórica, sino de un plus de inmediatez: criticar a la izquierda desde la izquierda, describir como vetustas las propias prácticas.

Tal vez esto explica la incursión en un procedimiento como la parodia, excepcional en la obra del narrador. En términos de Viñas, podría decirse que la adopción de ese registro es directamente proporcional a la violencia que involucra el intento de distanciarse. Esto es: “preciso de la parodia porque es el procedimiento que me permite ver desde afuera, extrañar lo que me es más propio”.

La singularidad del cuento parece reforzada, además, por la coincidencia de su escritura y publicación con el otorgamiento del Premio Casa de las Américas a *Hombres de a caballo*, en la que Viñas retoma un tema recurrente: la indagación acerca de la violencia oligárquica en la Argentina. En *La Argentina en Pedazos*, Ricardo Piglia sostiene que toda la producción de Viñas puede leerse como un texto único que revisa las diferentes inflexiones de la violencia en la historia argentina desde el siglo XIX en adelante. Además, ¿cómo no recordar la gran metáfora con la que abre su *Literatura argentina y realidad política*: “La literatura argentina empieza con una violación”, dice a propósito de *El Matadero* de Echeverría. Esto autoriza a pensar que “Sábado de gloria...” puede leerse como una anomalía, una ruptura de Viñas con su propia tradición. Sus balbuceos en la entrevista de *La Gaceta de Cuba*, sobre todo cuando habla de manera titubeante acerca del humor como procedimiento⁶, reenviarían a un dilema puntual que ensayó a través de este cuento y que pareciera no haberlo interpelado más, al menos como para recurrir a él nuevamente.

Y finalmente, me encuentro con el segundo intelectual contemporáneo, José Aricó, con el que retrocedemos tres años hacia 1964 y espacialmente a la ciudad de Córdoba. Aricó y los compañeros con los que funda *Pasado y Presente* (mediados de 1963 a septiembre de 1965) describen un derrotero diferente: son militantes del Partido comunista que comprueban que los tiempos de revoluciones no se encuentran desde

6. De una charla reciente con Guillermo Korn acerca del relato de Viñas, reproduzco aquí algunas de las interesantes ideas que me contó: “David tenía cierto desdén por el humor, al que veía casi como un gesto burgués, al menos en su escritura. De ahí la rareza de este cuento que preanuncia la derrota. Creo que es un hallazgo leerlo en clave de parodia, porque en él hay una autocrítica muy fuerte a la izquierda y a los lugares comunes de esa militancia. Por suerte esta vez la crítica no es sólo al populismo”.

dentro del partido y que la realidad solicita intelectuales. Es que los aires de transformaciones radicales no vienen en este caso desde Córdoba de modo azaroso, como señala en *Nuestros años sesentas* Oscar Terán,⁷ la revista se define en la “intersección de una circunstancia histórica, un dato generacional, una opción cultural y una apuesta política: se trata de una nueva generación adscripta al marxismo en una época de revoluciones y plenamente consciente de la necesidad de una confluencia con la clase obrera”. Esta otra opción no se inscribe ni en el castrismo ni en el foquismo, su elección puede sonar más ortodoxa en relación al leninismo, pero como también señala Terán será el gramscismo lo que impedirá una construcción antiintelectual, común en esa coyuntura. En “Examen de Conciencia”, publicado en el número 4 de la revista, Aricó argumenta con marcado optimismo el papel que entiende le está dado a los intelectuales de ese momento. “Esta amargura (alude a la incomodidad con la que según él ha vivido su generación la falta de padres intelectuales) se pacifica cuando *Pasado y Presente* puede reducir ese conflicto generacional a un momento de la lucha de clases, porque si la burguesía ha perdido su hegemonía cultural y el proletariado aún no la ha conquistado, es esa misma situación en la que gramscianamente lo viejo no termina de morir ni lo nuevo de nacer la que determina la imprescindibilidad del intelectual”. Contrafigura del intelectual que dibuja Aricó, el de “Sábado de Gloria...” padece de incapacidad para distinguir lo nuevo de lo viejo. En su revolución se mezclan sin jerarquizar elementos de una cultura emergente en términos de Raymond Williams, la de la guerrilla, con las actividades de la vanguardia estética del Di Tella, las meramente discursivas de “los intelectuales de café”, o las de la izquierda tradicional condensadas, por ejemplo, en un nombre como el de Codovilla.

Tampoco puede distinguir lo importante de lo secundario, y el texto se encarga de sugerirlo con el uso que le da a los paréntesis. Ya vimos que los utiliza para encerrar lo socialista del título y para relatar las fantasías que entretiene el narrador al pensar en Laura. Se podría aventurar que el fracaso del intelectual radica en que lee como secundario, deja entre paréntesis, lo verdaderamente importante: el socialismo y la mujer que se desangra en reclamo de un hombre que pueda ser realista.

Marrone y Sartre

Porque Viñas no es Borges, cuando leo Podestá o Guevara tiendo a unir esos significantes con los referentes reales a los que nombran, aún en este texto que se exaspera en la parodia y transmuta los roles de sujetos sociales perfectamente identificables: Neustadt en fervoroso revolucionario; Romero Brest reconociendo a los jóvenes revolucionarios como hijos adoptivos y afirmando que para él es lo mismo el *pop* que la revolución marxista, por nombrar sólo dos operaciones presentes en la revolución imaginada por el intelectual protagonista. También leo referencias a sujetos del contexto cuando no aparecen explícitamente nombrados. Entre todas las construcciones fallidas del intelectual del cuento, una de las más significativas es la que es tributaria de su incapacidad de hacer síntesis.

El cruce entre Marrone y Sartre, cuyas caras están estampadas en sendas tazas del corpiño de Laura “comprado como saldo en las Grandes Tiendas para Técnicos extranjeros de la calle Maipú”, es homólogo al que le atribuye a Cortázar, Mansilla y Marechal en el capítulo “Cortázar y la fundación mitológica de París”:⁸ “Y la pauta de qué entiende Cortázar por eso –dirá– me la da cuando superpone César Bruto con Levi-Strauss; una aparente síntesis irónica por yuxtaposición homóloga a la de Mansilla cuando alardeaba de paladear igualmente guaraní en el Paraguay y de ser marqués o duque en París. O la de Marechal poniendo uno junto a otro a Homero y Santos Vega. Además del proyecto de síntesis ¿Qué se juega en eso? ¿Ironizar sobre la serie

7. Oscar Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en Argentina 1956–1966*, Buenos Aires, Punto Sur, 1991. Reeditado en 2013 por Siglo XXI.

8. “Cortázar y la Fundación mitológica de París” en Viñas, David, en *De Sarmiento a Cortázar. Literatura Argentina y Realidad Política*. Buenos Aires, Siglo Veinte 1974.

argentina que se compone cuando cito a Levi-Strauss pero desbaratándola en César Bruto? ¿Y de un solo saque exhibir la desgana frecuente de Levi-Strauss y la ‘yeca’ populista en una doble guiñada? Lo que se va viendo en lo fundamental: Buenos Aires-París se yuxtaponen, pero no hay síntesis...”. Yuxtaposición y no síntesis –entonces–, que en otros textos del escritor encarnan en personas reales de la serie literaria o histórica.

El gesto populista que Viñas lee en los ejemplos citados –blanco de descalificación constante en su producción crítica y ficcional– supone una síntesis imposible; y en esto abunda hasta la saturación la revolución imaginada por el intelectual: en “la columna victoriosa ‘Vicente Peñaloza’, o en “Y debemos salir al campo, Laurita, ya sea a levantar la cosecha o a la vendimia en Mendoza, que tan revolucionariamente reaccionó avanzando sobre Buenos Aires al compás de una cueca de Tejada Gómez”. Como se ve, ridiculización del populismo de izquierda, pero también del armado de la revolución imaginada con recortes de las revoluciones reales. La máquina corrosiva avanza sobre los lugares comunes del populismo y al mismo tiempo sobre cualquier forma de sacralización a la que se pueda someter a la izquierda y sobre todo al intelectual de izquierda.

Y otra vez el cuerpo

Se sabe que para Viñas la voluntad “materialista”, entendida como materialismo histórico, pero también como resultante de la impronta ética del sartrismo, se concreta en una metáfora por excelencia que es el cuerpo, o mejor, el propio cuerpo. Los títulos de sus novelas son un dato elocuente al respecto. Sin embargo, a medida que se estructura su pensamiento político, el valor cuerpo se desliza hacia otras metáforas: el pueblo, la clase proletaria, la masa proletaria, como prolongación del cuerpo. Así, Viñas descifrará el último acto político del Che Guevara en Bolivia como el resultado del desencuentro con la masa proletaria boliviana y en tanto tal, como un resabio romántico individualista del Che.

Si esto es así, en “Sábado de gloria...” se puede establecer una jerarquía en las interpretaciones “espiritualizantes” del narrador–protagonista, en tanto disociadas de la realidad: “Y un buen verdugo fusilado nos haría falta para dar un golpe de efecto y que el pueblo, es decir los taxistas, el diariero de la vuelta y esos dos o tres obreros que siempre aparecían en nuestras reuniones y que iban rotando a través de todos los grupos de izquierda para ser exhibidos, verificados, envidiados, empiecen a creer en nosotros”. La enumeración es patética porque tal como se la enuncia no transmite que ese narrador viva conflictivamente que a *eso* se lo llame “pueblo” y además, porque no problematiza en absoluto la clara separación que hace entre un “nosotros” y un “ellos”. Además, en un nivel más amplio, no sólo involucra al intelectual–narrador, sino que por su mediación, nuevamente, se distancia y denuncia un modo de funcionar político de las agrupaciones y partidos de izquierda de esa coyuntura.

En “Las malas costumbres” (el relato), ya aparecía el mismo planteo. En este caso a través de la figura del “escritor liberal”. En este cuento, el escritor finalmente sale de su departamento –su torre de marfil– para manifestar con todos los que celebran la liberación de París. Pero sale para encontrarse con el cuerpo equivocado, no con el de la masa peronista, entendida como la masa real. Para cuando Viñas escribe este relato hacía ya varios años que los jóvenes de *Contorno* habían hecho su “relectura del peronismo”, una cuenta pendiente que se apresuraron en tratar de saldar.

Los celebradores de la liberación de París constituyen en sí mismos un cuerpo anómalo que como tal, también lee mal al cuerpo-ciudad. Salen, pero confunden; para ellos Buenos Aires, cuya esencia es pensada como “ramplona” (según el diccionario “tosco” “vulgar”) se deja ver diferente, en tanto es “purificada” por cierta similitud con París. “Era un día memorable; hasta Buenos Aires, siempre tan ramplona, parecía otra cosa. Me animaría a decir que tenía algo de París”, estimará el intelectual.

Entre las muchas transformaciones que se operan entre el escritor liberal de “Las malas costumbres” y el que se nombra a sí mismo como de izquierda de “Sábado de gloria...”, la relación con el espacio urbano no es la menos importante. El primero es el replegado en el encierro, el que dice que no al afuera de la ciudad; el segundo es el que ha recortado dentro de ella un límite fuertemente connotado epocalmente: la calle Corrientes. En ella y desde ella se piensan las revoluciones, se discuten las películas y las revistas que circulan entre cierta intelectualidad de izquierda: “Yo siempre había tenido confianza en todos esos chicos, pese a que no hacían otra cosa que hablar de alguna película de Bergman, de las novedades que siempre traía *El escarabajo de oro* y de que nuestra generación estaba irremisiblemente condenada”, dirá con una doble voz irónica el intelectual. Ese intelectual que condensa en su figura el agotamiento de una práctica y la clausura de un escenario.

Si como dice Tinianov,⁹ la parodia señala el momento de corte, de ruptura con un código precedente y es, en definitiva, el motor del cambio literario, pensada un tanto exageradamente y dentro del universo realista de la escritura de Viñas, que remite a la realidad extratextual, se podría proponer que, ridiculizado y degradado, el intelectual de “Sábado de gloria...”, rubrica el fin de los festivos días de los '60, en los que las “revoluciones” podían ser imaginadas y, por sobre todas las cosas, puestas en palabras desde un determinado espacio urbano.

9. Tinianov, Juri, “Per una teoria della parodia” en *Avanguardia e tradizione*. Dedalo, 1968.

